

La hispanidad en la obra ensayística de Baldomero Sanín Cano

Higiene, libertad y unidad¹

Carlos Andrés Salazar Martínez²

Resumen

En este artículo el ensayo literario es tomado como un recurso válido para construir una visión de la identidad hispanoamericana. Considerando dicha premisa, es posible hablar de Baldomero Sanín Cano (1861 –1957) como un ensayista en el cual es posible rastrear algunos de los fenómenos históricos que propiciaron la fundación de ciertos rasgos comunes a todos los pueblos hispanoamericanos. El descubrimiento y la conquista de América proporcionan, en este caso, los argumentos necesarios para comprender la hispanidad por medio de conceptos como la higiene, la libertad y la unidad.

Palabras Clave

Baldomero Sanín Cano, ensayo, higiene, hispanidad, libertad, unidad.

The Hispanic on the essay work of Baldomero Sanín Cano

Hygiene, freedom and unit

¹ El presente artículo deriva del proyecto “El ensayo literario colombiano del siglo XX y la representación del ser nacional y continental”. Es resultado de la investigación realizada por el Semillero Investigativo en Hermenéutica y Literatura, adscrito al Grupo de Investigación en Política y Lenguaje, del Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit. 2012.

² Docente de la Universidad Eafit. Ingeniero de Control, Universidad Nacional de Colombia – Medellín –, Especialista en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit, candidato a Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit. Miembro del Semillero de Investigación en Hermenéutica y Literatura. Dirección electrónica: casalazar@gmail.com

Abstract

In this paper the literary essay is considered a valid resource for to construct a vision of the hispanic identity. Considering this premise, is possible to talk of Baldomero Sanín Cano (1861 –1957) as an essayist in which is it possible to track some of the histories phenomena that led the foundation of certain common features to all Hispano-Americans countries. The discovery and the conquest of América provided, in this case, the necessary arguments to understand the hispanidad through concepts such as freedom, unit and hygiene.

Key Words

Baldomero Sanín Cano, Essay, hygiene, Hispanidad, freedom, unit.

Introducción

El ensayo, pese a ser un género común a un gran número de autores colombianos, ha sido poco estudiado. En muchos casos, la incertidumbre que impone el que el ensayo parezca no tener un estilo claro o una estructura discernible es suficiente impedimento para que el estudio de las obras, que tienen relación con este género, sea mucho más amplio. Sin embargo, el ímpetu del género ensayístico se renueva cuando recordamos que en autores tan importantes como Fernando González o Hernando Téllez el papel que cumplió éste en sus obras fue fundamental. El ensayo fue para ellos un género que les permitió no solo exponer sus muy variadas ideas acerca de conceptos tan diversos como la infancia, la soledad, la memoria o el olvido; sino también construir un estilo propio. Es así como, considerando esas particulares características del ensayo, es posible proponer un acercamiento a la obra ensayística de Baldomero Sanín Cano, otro de los significativos autores

colombianos, específicamente a través de aquellos rasgos que, según él, se encargaron de configurar la identidad del pueblo Hispanoamericano.

Respecto a esto último es pertinente destacar, por ejemplo, que la construcción de la identidad de una nación o de un continente tiene raíces profundas en la evolución de su cultura y la estrecha relación que tiene esta con el territorio sobre el cual se despliega. Sin embargo, hablar de la identidad de un continente como el hispanoamericano exige hacerse la pregunta acerca de cómo hacerlo, cómo hablar de la identidad cuando la cultura, producto de la propia experiencia de región, ha sido exterminada; más aún, cuando lo que se tiene es una mezcla de ideologías, aspiraciones y razas que en su momento nada tuvieron que ver con el territorio en el que actualmente se asientan. En el caso de Hispanoamérica parece pertinente considerar que es justo el obstinado deseo de los conquistadores por imponer una cultura ajena, el que define el espíritu hispanoamericano y le da forma. José Vasconcelos (1961: 920), en su ensayo *La raza cósmica*, hace un planteamiento acerca de la manera como se sigue consumando, en el continente, una mezcla de sangres e idiosincrasias y que es, precisamente en esta fusión de estirpes y formas de pensar donde debe buscarse el rasgo fundamental de la identidad iberoamericana.

Si bien no es uno de los temas centrales en su obra ensayística, Sanín Cano logra hacer una aproximación a la forma en que se ha constituido un sentir identitario continental, ya que mientras que en algunos de sus ensayos la Hispanidad es el tema central, la preocupación por delimitar sus características puede ser explorada en algunos otros de sus textos. Textos que tienen como argumento principal un tema distinto pero que demuestran, necesariamente, la afición del escritor por el ensayo literario, en el que el autor tiene la posibilidad de seguir su propio ritmo interno, renovadamente alimentado y movido por cualquier tópico, sin estar unido indisolublemente a uno solo (Auerbach, 1996: 274).

En *De mi vida y otras vidas* (1949) por ejemplo, y como ocurre con todo buen ensayista, Sanín Cano a través de tópicos específicos da noticia de eventos que configuraron su propia existencia. Es justo en este libro que el autor muestra su sensatez frente a temas que han estado estrechamente relacionados con su vida. Por ejemplo su visión con respecto a su experiencia de educador, una profesión sobre la que advierte, sin nostalgia, que “enseñar es dar por sentado frente a inteligencias libres de prejuicios, que hay verdades permanentes” (Sanín, 1977: 453). Lo dice sin nostalgia porque más allá de mostrarse como un hombre sumido irresolublemente en el pasado y sus cargas de sentido, demuestra su capacidad para afrontar los cambios y aportar a través de ellos una visión nueva del mundo.

Su destino lo llevaría, entonces, de ejercer su profesión de maestro en Titiribí, Antioquia, a destacarse como crítico literario en la Bogotá de finales del siglo XIX. Posteriormente, y luego de participar activamente de la vida política de la capital, sería enviado a Londres donde permanecería dieciocho años. Experiencia, esta última, que ampliaría su marco de referencia y terminaría por consolidarlo como un intelectual cosmopolita, dispuesto a enfrentarse con el tema de la cultura y el arte como tópicos complejos y frente a los cuales es necesario realizar un análisis que no se restrinjan a las formas convencionales, sino que tenga la posibilidad de ver en otras disciplinas un encuentro con estos. Y así nos lo hace saber el autor colombiano: “la cultura es el lujo de una civilización y, como tal, su estudio no puede separarse de la economía y la política propias de la nación o raza a que el estudio se refiere” (Sanín, 1955: 156). Esta forma de pensar demuestra la preocupación de Sanín Cano por acometer el estudio de sus más vitales preocupaciones y da muestras de ese rasgo que destacábamos arriba: la capacidad de comprender que los significados que una sociedad otorga en un momento determinado a cada enunciación está sometida al cambio y a la evolución de las sociedades o, al igual que en esta oportunidad, de las disciplinas.

Tomando en consideración lo anterior Sanín Cano hace uso de su amplia capacidad argumentativa y de su experiencia de modernidad para construir una teoría acerca de quiénes y cómo somos aquellos que nacimos y crecimos en un continente que es definido, precisamente, por todas sus mezclas y singularidades.

El presente artículo tiene por objeto mostrar por qué el ensayo es, en el caso de Sanín Cano, el género adecuado para definir y plasmar, sin mayores restricciones, qué hace diferente a los hispanoamericanos y qué permite erigirnos como un pueblo que, pese a las dificultades, considera dentro de su sistema de interpretación del mundo valores primordiales como la obstinada lucha por la libertad y el no desfallecer en el propósito de permanecer unidos.

El ensayo y la identidad

Como objeto de estudio el ensayo literario debe ser definido a través de sus particularidades. Este a diferencia de los demás géneros no considera una única estructura para manifestarse, su forma cambia en función de múltiples elementos como las circunstancias que preceden y vician su ejecución, el carácter confesional o autofigurativo del texto, los intereses propios de cada autor. En general, cualquier elemento, puede desempeñar en el ensayo una función estructuradora o desestructuradora. El ensayo, afirma Adorno (2003: 12), no permite que se le prescriba una jurisdicción y es justamente esa condición de insurrección frente a las estructuras formales, que rigen la construcción de los demás géneros, lo que hace indispensable considerar su contenido y su forma. Estos dos rasgos son vitales para develar la potencia que subyace en cada uno de los ensayos, incluso más allá de pretender encontrar en las similitudes que los acercarían al resto de los textos del género un método de interpretación apropiado.

Con miras a definir el papel que cumple el ensayo en la construcción de una visión particular del ser continental, es pertinente detenerse en una de esas características esenciales del ensayo. Aullón de Haro (2005: 17) advierte que “el ensayo posee, como género, la muy libre posibilidad de tratar acerca de todo aquello susceptible de ser tomado por objeto conveniente o interesante de la reflexión”. Es decir, la capacidad innata del ensayo para discurrir acerca de cualquier tema, le permite acercarse a tópicos que los demás géneros o han ignorado o no han tratado con suficiente solvencia.

En Sanín Cano, y dentro de este marco de referencia, es posible afirmar que los elementos que permiten determinar el valor literario de sus ensayos, más que ser los sujetos al aspecto puramente estructural, son en realidad aquellos giros claramente visibles en esa forma particular que utiliza el autor para conectar argumentos, que por momentos parecen inusitados o sin relación alguna, logrando dar así credibilidad a sus planteamientos. Es esta particular característica la que obliga al autor a pasar, en un mismo ensayo, por temas que para el momento en el que fueron escritos eran realmente innovadores. En otras palabras, Sanín Cano logra, a través de su estilo, vincular conceptos que para la época se consideraban ajenos los unos de los otros y la forma en que lo hace le otorga a sus ensayos un valor estético propio.

Tanto en su organización discursiva y textual, como en la capacidad para discurrir acerca de cualquier tema, el ensayo muestra que ese espíritu de libertad que lo ha caracterizado, desde que Michel de Montaigne lo erigió como género, le sigue siendo propio. El mismo autor francés sostiene que es difícil que el alma de un ensayista pueda hacer pie o logre decidirse por algo; ella siempre se halla en el aprendizaje y en la prueba (Montaigne, 1984: 20). Es justamente por este motivo que los escritores haciendo uso del género ensayístico logran plasmar, a través de sus textos, sus más diversas preocupaciones y expectativas acerca de cualquier tópico. Y es de esta manera que, de entre todos los tópicos posibles, es posible

incluir la preocupación constante de los autores por describir, construir y dar noticia de una identidad nacional o continental y de los rasgos que le son comunes a las personas que configuran una región o una cultura. Una inquietud no solo frecuente sino más que necesaria, en la ineludible búsqueda de encontrar un lugar al cual pertenecer. Fernando González (2010: 233) afirma precisamente que, sin excepción, “estamos sembrados a la patria y sus jugos deben nutrirnos”. No es posible, como dice este mismo autor, concebir la grandeza más que absorbiéndola de la tierra y es más que pertinente considerar que en el caso de cualquier ensayista no tiene por qué ser diferente. Para entender lo que es sentirse identificado con un territorio, una patria, un continente, es necesario tener presente que fue justo esta, así lo destaca Hobsbawm (1993: 5), el tipo de identidad a la que la mayoría de los habitantes del mundo eligió vincularse durante el siglo XX, es decir, una identidad determinada por un estado territorial, que no es más que una institución que establece un principio de autoridad sobre cada uno de los habitantes de un trozo del mapa y que puede exigir a cambio el derecho a obtener del *ciudadano* su lealtad, su amor y, en tiempos de guerra, hasta su propia vida.

Mientras que para Hobsbawm definir la identidad debe estar en función del territorio o de una institución que tenga injerencia sobre un fragmento de un determinado mapa; Sanín Cano piensa en la “raza”, entendida ésta como herencia cultural u origen étnico, como el factor común en la construcción de una identidad colectiva. Es exactamente a finales del siglo XIX, en el ensayo “De lo exótico”, que Baldomero Sanín Cano llama la atención de sus lectores respecto a la relación que puede existir entre la identidad, la raza y la literatura. Él mismo, por ejemplo, se pregunta “si para ser autor nacional ha de tener ciertas cualidades del espíritu, aquellas, en efecto, que la gente reconoce como virtudes y atributos fundamentales del alma nacional, y que están como vinculadas en la raza” (Sanín, 1977: 338). Es decir, desde el inicio de su profesión como escritor el asunto de la identidad era algo que preocupaba a Sanín Cano. En 1894, y teniendo al arte como su principal objeto de estudio, el autor antioqueño encontraría un vínculo

con la problemática que implica definir la identidad o la nacionalidad a la que pertenece una obra o su autor; de esta forma hallaría en la raza una ruta segura para agrupar los rasgos que definen una manera particular de interpretar la realidad.

Son, entonces, el territorio y la estirpe dos formas de entender la identidad. Es inevitable reconocer el fuerte vínculo que existe entre una y otra, entre la evolución de una raza y el territorio sobre el que esta se desarrolla. Pero cómo entender esto en un lugar como Hispanoamérica, una región cuyas fronteras parecen no agrupar de manera adecuada la vinculación étnica de los individuos que viven dentro de sus límites; y donde, además, no existe una raza que defina con exactitud a dónde pertenece un individuo que parece subvertirlas todas. Y si lo que se quiere es hablar de la identidad nacional o continental de un lugar como Latinoamérica hay una buena oportunidad de verter todas esas dudas o certezas en el ensayo. Según German Arciniegas el ensayo es un género innato al sentir del pueblo hispanoamericano y es justo en él donde Baldomero Sanín Cano encuentra una forma de exponer sus argumentos respecto a lo que somos.

América es ya, en sí, un problema, un ensayo de nuevo mundo, algo que tienta, provoca, desafía a la inteligencia. La circunstancia de que brote de repente un continente inédito entre dos océanos, uno de ellos aún inexplorado y el otro desconocido son hechos lo bastante rotundos como para conmover academias y gimnasios, y sacudir a la inteligencia occidental. De todos los personajes que han entrado a la escena en el teatro de las ideas universales, ninguno tan inesperado ni tan extraño como América (Arciniegas, 1993: 331).

La búsqueda de identidad cultural es una de las más entrañables luchas del pueblo latinoamericano. Ha sido, desde la conquista, una necesidad apremiante y ha encontrado en el ensayo un género para manifestar sus certidumbres y miedos de una manera mucho más vital. Como dice Anderson (2006: 83) todos los cambios de conciencia profundos, por su naturaleza misma, traen consigo amnesias características y de tales olvidos brotan, en circunstancias históricas específicas, las narrativas, o para decirlo mejor, en el caso hispanoamericano y durante los procesos de descubrimiento y conquista: el ensayo. Y es que en un

continente que ha sufrido tantos y tan particulares cambios y mezclas es una obligación volver constantemente a la pregunta por quiénes y cómo son sus habitantes con un estilo particular.

Baldomero Sanín Cano y la Hispanidad

Para comprender por qué Sanín Cano se inquietó por buscar rasgos que le permitieran definir lo hispano, es pertinente aclarar que es en 1946 cuando se funda una preocupación continental por esclarecer lo que significa serlo. Preocupación que cobraría mayor fuerza con la creación del Instituto Iberoamericano y que tendría en los Institutos de Cultura Hispánica sus representantes para Latinoamérica. Estos institutos fueron los encargados de promover y hacer posible la unificación de los intelectuales de habla hispana en su intención por definir y conceptuar la Hispanidad. Alfredo Sánchez Bello, Director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en la conmemoración de los diez años de fundado el Instituto, explica qué circunstancias propiciaron el interés particular de los latinoamericanos por concertar, con los españoles, el significado de un concepto como el de la Hispanidad:

Esa unanimidad resultaba de su filiación hispánica, redescubierta en ellos mismos a consecuencia de la guerra civil española: la cruenta lucha española, nuestra gloriosa cruzada liberadora, fue toque a rebato, oído en la profundidad de la sangre y que despertó, estremeciéndola, la dormida solidaridad de los miembros de la estirpe (Sánchez, 1957: 18).

Es claro, entonces, que Sanín Cano aceptó el reto de trabajar en una búsqueda de la que participaban otros estudiosos e intelectuales del continente. Dos ensayos como “¿Qué cosa es la hispanidad?” y “Hacia un imperio hispanoamericano del espíritu”, que figuran en su libro *El humanismo y el progreso del hombre*, publicado en 1955, no pueden ser pensados sino se enmarcan dentro de ese propósito. El interés de Sanín Cano por el movimiento que surgió, como consecuencia de las transformaciones políticas de la España de mediados del

siglo XX, también es subrayado por David Jiménez en su libro *Historia de la Crítica Literaria en Colombia*.

Sanín Cano miró con creciente interés el proyecto de una unidad cultural hispanoamericana. Al respecto escribió en 1947 un artículo, publicado en la *Revista de América* con el título “América Hispana y la Unesco”, en el que se afirma que “la unidad de la América española es un sentimiento primordial en la vida del continente” y que el precio que tendrían que pagar estas naciones por su aislamiento unas de otras sería la esterilidad. La unidad política y cultural de Hispanoamérica potenciaría enormemente el progreso artístico y científico (Jiménez, 1992: 113).

Sanín Cano retomaría, entonces, dicha inquietud con su particular estilo. Por ejemplo, una constante característica de su estilo es conocer la historia y las estadísticas que de ella se desprenden para, a partir de allí, construir los argumentos que darán valía a sus ideas y, en general, a su obra ensayística. Característica que, por supuesto, retomaría para dar forma a su planteamiento respecto a lo hispano. En este caso con mayor recelo si se tiene claro de antemano que:

La historia de América no se conoce; de ello no podemos culpar sino a las circunstancias. En un siglo de vida independiente, aquellos países empeñados en la obra de constituirse, no han tenido tiempo para resolver archivos y para mirarse introspectivamente (Sanín, 1975: 31).

Baldomero Sanín Cano es por tanto un ensayista preocupado por la identidad continental. Esa preocupación está fundada en el hecho de que él se sabe en medio de una América cuyo objetivo es erigir una identidad propia a través de una historia incompleta. Porque, como lo destaca el mismo Hernando Téllez (2003: 122), aparte del paisaje, el idioma y el amor, la historia es la patria hecha memoria. Es tal vez por estos motivos que no le interesa hablar de características particulares de regiones determinadas, como sí lo hace Ángel Rama, quien sostenía, por ejemplo, que: “no habría modo de comprender la realidad hispanoamericana si no comenzáramos por reconocer la existencia de áreas culturales independientes” (Rama, 2006: 442).

Incluso podría ser sumada otra razón, y es que Sanín Cano plantea que para las ideas no existen las fronteras. En otras palabras, para el autor es posible hablar de unas bases que comparten todos los pueblos latinoamericanos debido a que estas se propagaron por ese nuevo mundo sin restricción y teniendo como ideología hegemónica la cultura hispánica. Así lo hace ver en “De lo exótico”:

Sin que haya riesgo de que una funesta nivelación vaya a producirse, las ideas andan más ligero que los trenes. No hay razón para que ellas reconozcan fronteras: sería abominable que las hiciesen guardar cuarentena. El modo de exterminar las ideas, es dejarlas que se propaguen (Sanín, 1977: 344).

A renglón seguido y en su búsqueda por definir lo que es la hispanidad, Baldomero Sanín Cano ofrece al lector, en su ensayo “¿Qué cosa es la Hispanidad?”, la oportunidad de echar un vistazo a la construcción de una imagen particular del ser latinoamericano. Haciendo evidentes, de esa manera, los factores comunes a los pueblos forjados a través de un mismo y trascendental hecho histórico.

El punto más oscuro de la Hispanidad, en el sentir de graves y doctos españoles, por lo que hace a crueldades y despojos, es, sin duda, la historia del descubrimiento y la conquista de América, el suceso de más significación moral, política, económica y social de todos los tiempos. Y el rasgo definitivo de esa empresa es que España no estaba, ni política, ni económicamente, equipada para afrontar las responsabilidades de tamaña empresa. No lo estaba ninguna de las naciones contemporáneas de ese descomunal acontecimiento. Puede asegurarse que ni los sabios, ni los estadistas de esa época se dieron cuenta de la amplitud y significación, de las consecuencias anexas a ese casual y desproporcionado hallazgo (Sanín, 1955: 222).

Es justo esta circunstancia definitiva la que marcará el rumbo hacia la construcción de una identidad continental o una forma propia de interpretar el mundo, tal y como propone Castoriadis (1986). Ya que, para el filósofo turco, la sociedad es una construcción, una constitución, una creación del mundo y su identidad no es más que el sistema de interpretación de ese mundo. “A eso se debe”, destaca el propio autor, “que la sociedad sienta (de la misma manera que un individuo), como una amenaza mortal cualquier ataque que se haga contra su sistema de

interpretación; tal ataque lo siente contra su identidad, contra sí misma” (Castoriadis, 1986: 6). De esta manera podemos entender que el descubrimiento de América sugería la construcción de un nuevo sistema de interpretación al que los españoles se resistirían por años y que daría paso, a su vez, al exterminio de órdenes sociales e identidades propiamente precolombinas. Esta forma de definir la identidad complementa las que, como veíamos con anterioridad, la relacionan con la asimilación de un territorio o el influjo de una raza. Sin embargo, se comprende casi de inmediato que más que completar ese sistema de interpretación del que habla Castoriadis es el resultado de esos procesos de asimilación e influjo.

Ese acontecimiento dará pie, por supuesto, para que Sanín Cano proponga el análisis de conceptos que guardan relación directa con lo que es la Hispanidad y que, por razones que él mismo expone, se trasladarían a la concepción de una identidad latinoamericana postcolonial. Sin embargo, antes de abordar la libertad y la unidad como temas centrales en el desarrollo del pueblo latinoamericano, es necesario detenerse en la higiene, un rasgo que, a juicio de Sanín Cano, dio un valor especial al encuentro de dos mundos y de dos maneras de entender la vida y su entorno.

La higiene: un factor decisivo para entender la Hispanidad

Justo como se destacó con anterioridad, esa especial naturaleza argumentativa de Sanín Cano, ese conectar conceptos que parecen no tener vínculo alguno, lo llevará a encontrar una relación entre los procesos de descubrimiento y conquista con las marcadas diferencias entre las costumbres de aseo tanto de los españoles como de los indígenas precolombinos. Y alrededor de dicha relación logrará dar forma a una original reflexión apropiada del desarrollo de la identidad hispanoamericana.

No sin dejar de reconocer en la esclavitud y la crueldad dos factores decisivos en la despoblación sufrida por América durante dichos procesos, Baldomero Sanín Cano encuentra en la higiene un elemento que a todas luces ofrece una especial y más que posible causa a dicho fenómeno. Destacar la higiene como una característica central en la historia hispanoamericana es más que relevante. Es este rasgo, según Sanín Cano, más que cualquier otro, el que dio lugar a una incompatibilidad de tal magnitud que terminaría por provocar la extinción de la mayor parte de los seres humanos del nuevo mundo y con ellos todas sus formas particulares de entenderlo.

La vida estaba demasiado llena de sobresaltos para que a esas gentes, procedentes de tierras donde el desaseo era regla en las cortes, pudiera ocurrírseles que era preciso mudarse de ropas. Los soldados no caían enfermos bajo aquel régimen de incuria personal, porque en las generaciones de abandono el hombre europeo había acabado por inmunizarse en una serie de generaciones contra el ataque de multitud de gérmenes que engendra el desaseo. Pero los pobres indios que eran gente sana y pulcra, según consta en numerosos testimonios, caían fulminados por el vaho del conquistador si hemos de aceptar la penosa expresión del padre Figueroa. Dos tercios de la raza se fueron en esta contaminación que dejó, por otra parte, infestado el continente. Los españoles volvían de América con las leyendas más pavorosas sobre la insalubridad de los climas. Lo cual era cierto desde el día en que los europeos habían puesto allí la planta (Sanín, 2010: 50).

En su ensayo “El descubrimiento de América y la higiene” Baldomero Sanín Cano, haciendo uso de su habilidad para encontrar en las cifras los argumentos necesarios, logra explicar por qué solo a través de la higiene es probable comprender el hecho de que un pueblo con un número de habitantes mucho menor que la población conquistada logre imponerse, hasta el exterminio, por sobre esta. Según el autor, España debería haber sido absorbida por el territorio y los imperios descubiertos al cabo de dos o tres generaciones. Para ser exactos, la cultura española debería haber dejado un rastro imperceptible en las culturas indígenas (Sanín, 2010: 44). Pero no fue así “en América se formó una España cuyos ideales y aspiraciones eran distintos de los que señalaban rumbo a la raza de este lado del mar. La separación fue más tardía y menos sustancial porque la raza americana fue destruida en su mayor parte desde que se puso en contacto con los europeos” (Sanín, 2010: 48).

La propuesta hecha por Sanín Cano, frente a las inadecuadas costumbres de aseo europeo y su incidencia en la despoblación de América, es más que pertinente. En primer lugar, las epidemias que azotaron a ciudades tan importantes como París o Barcelona cobrando miles de vidas, son consecuencia de las inadecuadas prácticas de higiene de la Europa de finales del siglo XV y principios del XVI. Y en segundo lugar, en el libro *Lo limpio y lo sucio*, George Vigarello (1991: 152-153) constata las fuertes modificaciones que sufrirían las arraigadas costumbres de aseo de los europeos no sólo por cuenta de las pestes, sino también por el haber encontrado, en este nuevo continente, personas cuyo frecuente contacto con el agua parecía revitalizarlos.

El considerar a la higiene un factor decisivo en el proceso de la conquista de América y ante las evidencias que dan cuenta del exterminio del que fue víctima gran parte de los habitantes del continente descubierto, permiten hacer entender que el verdadero propósito del ensayista es demostrar que el nuevo continente, más allá de ser un lugar del que se ha borrado el rastro de prácticamente la totalidad de sus habitantes, se erigió como un resguardo para una nueva raza de españoles. Quienes se mezclarían con las pocas etnias sobrevivientes y encontrarían en América dos factores claves para permanecer firmes: la libertad y la unidad. Dos sensaciones que estarían por encima incluso de las adversidades que son propias de un continente imponente y hostil.

La herencia española: la libertad y la unidad

La libertad es una acepción más que probable para hacerse a una idea de lo que fue para los españoles el continente americano. Sin embargo, antes de continuar, es necesario aclarar que el ensayista colombiano es consciente de que los españoles de los que habla, y que fueron los encargados de la colonia y la conquista de América, provenían de un pueblo que tenía sus propias y particulares

mezclas, tanto raciales como culturales. Mezclas que se unirían a la gran variedad de razas halladas en el nuevo mundo y de las que, por tanto, serían herederas las generaciones que de allí en adelante poblarían este nuevo territorio.

Al llegar a América la tribu española no era una raza ni en el concepto zoológico ni siquiera desde punto de vista nacional. Los españoles del siglo XVI tenían sangre de romanos, de iberos, de sarracenos, de griegos y de hebreos. No eran una sino varias nacionalidades, unidas en la defensa del cristianismo, pero divididas por el concepto nacional en aragoneses, castellanos, leoneses, catalanes, navarros *e via describendo* [...] Acá las razas españolas, ya mezcladas, vinieron a entrelazarse con los indios, de los cuales había varios étnicos y con los negros traídos del África. Mayor confusión de la producida por estos entronques es difícil de imaginar. A lo cual conviene añadir que los latinos de otras procedencias, eslavos, tudescos, irlandeses, suecos, ingleses, escoceses, griegos, indúes, chinos, sirios, cuántas son las variedades humanas conocidas han venido a enturbiar la sangre o de estas gentes americanas o a purificarla, sin disminuir la profusión de las mezclas (Sanín, 1955: 256).

Pero al igual que Hispanoamérica es el resultado biológico de todas esas mezclas, es heredera, a su vez, de esa visión particular que del nuevo mundo construirían dichos españoles. Una visión que hasta entonces, quizá, los indígenas habían ignorado respecto a su propio territorio porque, por ejemplo, ¿Qué razón tendrían ellos para ver en las tierras de las que nacieron una sensación que los acompañaba siempre? ¿Qué necesidad tenían ellos de definir lo que es ser libre? Respecto a esto último y considerando que de ese definitivo descubrimiento y el posterior proceso de conquista surgiría un nuevo hombre en América, dice Sanín Cano:

La primera feliz influencia de este fenómeno histórico de invalidez fue la de crear en las generaciones del continente el sentido humano y civilizado de la libertad. El español llegado a esta benigna inmensidad, fuera como funcionario, como simple viajante o aventurero, se sentía a poco andar libre de los lazos con su gobierno, libre ante la majestad y la liberalidad del paisaje, libre de las imposiciones que en Europa gravaban sobre el individuo en forma de clases, de títulos, de preocupaciones sociales y de otro género. El sentimiento de ser libre se lo infundió al hombre americano de una parte la magnificencia y prodigalidad del ambiente y de otra la distancia material y moral existente entre los siervos, los colonos y sus amos supositivos (Sanín, 1955: 227).

La visión general de América como tierra de libertad, entonces, es una más de las pruebas que ofrece Sanín Cano para sostener que Hispanoamérica es una tierra de españoles, que lejos de su tierra natal encontraron un lugar en el que no tienen la necesidad de esconderse, y mucho menos ser esclavos de la opresión de sus gobernantes. Españoles que exterminarían a los habitantes de estas nuevas tierras para dejar en ella su lengua, sus ideales, su raza y esa sensación de libertad con la que por lo general se asocia, en general, a toda América.

La otra cosmovisión heredada de ese encuentro entre dos mundos y producto de la sensación de libertad del que parecían gozar los españoles venidos a esta tierra, es el sentimiento de unidad.

La inmensidad del horizonte y la existencia del potentado y señor lejano crearon otro sentimiento inseparable de la conciencia americana. Este sentimiento es el de la unidad. Los hombres de aquellos tiempos se sentían ligados por su actitud de rebeldía ante las pretensiones de un poder lejano. Obedecían sus leyes, pero no las cumplían. Estaban unidos en una insurgencia secreta pero real (Sanín, 1955: 228).

Al igual que con la libertad la sensación de unidad, como lo plantea Sanín Cano, se propagó por todo el continente, contagiando a las generaciones posteriores de un sentimiento que fue ajeno a las tribus asentadas en el continente antes del descubrimiento de América. Y que se evidenciaría con posterioridad en ciertos momentos de la historia latinoamericana. Un ejemplo de ello lo destaca el mismo ensayista al traer a colación el fenómeno de los procesos independentistas latinoamericanos:

Cuando sonó el grito de independencia en Caracas, en Quito, en Santa Fe, repercutió en todo el continente. Y ese sentimiento de unidad ha resistido las ambiciones y malos hábitos soldadescos de los caudillos bárbaros con uniforme y sin él. Ha resistido a los dictadores civiles y el ambiente creado por las guerras de Europa (Sanín, 1955: 228).

Pese a las afirmaciones hechas por Sanín Cano respecto a este punto, debe señalarse la visión que tiene al respecto Vasconcelos (1961: 926). Para él, esta sensación de unidad no ha sido un rasgo constante en la historia de la América

Latina ya que la misma geografía, por ejemplo, es un impedimento para que dicho valor sea una característica completamente determinante en la búsqueda por dar un sentido completo a lo que es Hispanoamérica, muy a la par con lo que precisamente, se destacaba arriba, sugiere Ángel Rama. Es claro, entonces, que esta diferencia abre una brecha definitiva entre la forma como Sanín Cano encaró el problema de definir la Hispanidad y la manera en que lo hicieron los demás. A través de propuestas diferentes se llegó a resultados contradictorios respecto de un mismo problema, en este caso, por ejemplo, se observa como es posible para Sanín Cano hablar de la unidad para definir lo Hispano mientras que para otros intelectuales no es más que una inapropiada propuesta. Estas contradicciones no son sino una muestra, una vez más, de lo difícil que es, por su propia naturaleza, dar una definición satisfactoria y completa de lo Hispanoamericano.

En este punto es necesario retomar otro de los ensayos que resalta la preocupación de Baldomero Sanín Cano por entender la manera en que se construyó una identidad continental. En el ensayo “Hacia un imperio hispanoamericano del espíritu” además de retomar la libertad y la unidad como ejes constitutivos del pueblo latinoamericano, el ensayista colombiano da cuenta de otros aspectos fundamentales. Uno de estos aspectos y que podría exhibir luces respecto a por qué los españoles llegados a América hicieron primar sus sensaciones por sobre el establecimiento riguroso y completo de la cultura ibérica es el hecho de que desde España se proclamó la abstención de hacerlo de esa forma. Respecto a este punto Sanín Cano dice que:

España tenía una cultura en el siglo XVI; todo pueblo la tiene; la tuvieron los indios en Méjico, en Guatemala, en Cundinamarca, en el Perú, en Arauca. Sólo que en la falsa idea de sus intereses de imperio los españoles no dejaban llegar íntegra a estos dominios la cultura de que eran poseedores. Temían el resultado de una difusión excesiva de conocimientos en pueblos no preparados, según los gobernantes españoles, para absorber ciertas nociones sobre la vida y la historia; sobre el destino del hombre en la tierra, sobre las ciencias de ese tiempo (Sanín, 1955: 256-257).

Otra de las cuestiones que es pertinente destacar es que el autor persiste en hacer ver la identidad hispanoamericana como un contrapunteo constante con los acontecimientos que tienen lugar en la distante España. Pese a ser cierto que “nuestra cultura no es exclusivamente española. Vivimos separados culturalmente de España durante décadas posteriores a la emancipación definitiva” (Sanín, 1955: 257), y ese saber quién o qué es España permite hacernos a una idea de cómo ha sido construida nuestra identidad.

Baldomero Sanín Cano hace resonar a instancias de su ensayo un momento específico de la historia de principios del siglo XX y que para él revela los verdaderos ideales de España. Dichos ideales contrastan con la herencia dejada por los españoles de la conquista en este nuevo mundo y permiten definir a partir de ellos rasgos propios de la Hispanidad. Así describe Sanín Cano el efecto que tuvo un régimen como el de Franco en la identidad hispanoamericana:

Quando Madrid empezaba a desviar esa línea hacia su centro, cuando empezaba la América Hispana a oír la voz de Gabinet y de Ramón y Cajal muertos, de Ortega y Gasset, de García Morente y otros, surgió la inédita inteligencia de Franco, a cuyo influjo la inteligencia verdadera de España se ha desparramado a los cuatro vientos para fundar en el extranjero una España nueva, triste, es verdad, pero llena de esperanzas. Esta inteligencia emigrada, pensativa y doliente acaso venga a ser la primera semilla de un imperio mental hispanoamericano sin España, fundado en la libertad y en un sentimiento noblemente calificado de nuestra unidad (Sanín, 1955: 257).

Para terminar, ensayos como: “¿Qué cosa es la hispanidad?”, “Hacia un imperio hispanoamericano del espíritu”, y “El descubrimiento de América y la higiene” no son los únicos en los que el escritor colombiano hace especial hincapié en los valores que agrupan una forma de pensar propia del pueblo hispanoamericano. En “Isherwood: Del Caribe al Plata” Baldomero Sanín Cano nos recuerda, por ejemplo, que “el Continente se mantiene históricamente sobre las bases de la unidad y la libertad, con eclipses pasajeros y penosas desviaciones en la práctica de estas aspiraciones, pero sin consentir en su desaparición” (Sanín, 1977: 534). Bases que podemos recordar son producto de la llegada de unos hombres que,

alejados de su pueblo, encontraron un lugar para fundar una nueva voluntad y unos nuevos ideales.

Conclusión

Baldomero Sanín Cano es un escritor consciente de los alcances de la literatura. Según él, esta sirve “para dar público testimonio de las virtudes de un pueblo y de los vicios de que adolecen sus vecinos, o los que habitan en regiones más apartadas” (Sanín, 1977: 343). Y es justo ese “público testimonio” el que permite forjar una conciencia de la identidad continental. Una conciencia que, como en el caso hispanoamericano, se erige sobre el recuerdo de un evento particular, tal vez el único de su clase, el descubrimiento de un nuevo mundo.

En Baldomero Sanín Cano, el ensayo es un género que de manera natural y concreta permite discurrir sobre un tema que, como la identidad hispanoamericana, exige una reflexión constante. Es posible ver que la forma en que propone Sanín Cano los rasgos que caracterizan los ideales hispanos encuentra en el ensayo un género apropiado para hacerlo. Además de compartir con el resto de escritores latinoamericanos la inquietud por un género como el ensayístico, Sanín Cano es capaz de ceñir a sus límites la preocupación por instaurar unas características comunes a tan indefinible cantidad de mezclas, estirpes e identidades.

Que los puntos de partida para revelar las características del pueblo hispanoamericano, se encuentren en dos eventos como el descubrimiento y la conquista de América es una propuesta más que pertinente. Son justo esos dos hechos históricos los que hacen converger el destino de pueblos que hasta ese momento se hallaban completamente aislados. Siendo posible, desde esa convergencia, extraer y comprender los rasgos que se erigieron como identitarios

para aquellos sistemas de interpretación, recordando a Cornelius Castoriadis, que se vieron inmersos en dichos procesos de transformación.

La descripción rigurosa de aquellos rasgos que subraya el autor como los primordiales para entender la hispanidad admiten ser trasladados a la mayoría de los actuales pueblos latinoamericanos. Es decir que, pese a no hablar de un país específico, Sanín Cano logra enmarcar en sus reflexiones una problemática común a todos ellos. La higiene, la libertad y la unidad son, aún hoy, rasgos que persisten en el carácter de los habitantes de Hispanoamérica y sirven para dar cuenta de nuestra identidad y de cuál ha sido nuestro destino. Sin embargo, pese al gran peso de los argumentos utilizados a favor de su visión del continente, Baldomero Sanín Cano parece hablar de un solo segmento de la población hispanoamericana. Una población que más allá de los criollos y los mestizos, tiene una población negra e indígena para quienes estos valores requerirían ser verificados y puestos a prueba. Bien es cierto que los procesos de apropiación de esa realidad heredada por los procesos de conquista y de colonia fueron diferentes para cada uno de estos grupos. Sanín Cano (2010: 47), por ejemplo, destaca la fortaleza de los negros, venidos como esclavos de África, para desempeñar trabajos de tan alta exigencia que excedían las capacidades de los indígenas y por tanto los hacía mucho más ajenos a enfrentarse con los conceptos desarrollados por el ensayista como características fundamentales del espíritu latinoamericano.

El ensayo como herramienta para discernir la identidad de un continente, el descubrimiento y la conquista como eventos en los que convergieron la historia de dos formas de interpretar el mundo y, por último, la higiene, la libertad y la unidad como características claves dentro de un nuevo orden social, deben figurar como los mecanismos y el resultado que Baldomero Sanín Cano heredó a la posteridad con respecto a una preocupación que ocupó un lugar central en la sociedad intelectual hispanoamericana de mediados del siglo XX.

Bibliografía

Adorno, Theodor (2003). *El ensayo como forma*, en *Notas sobre literatura*. Madrid: Ediciones Akal.

Arciniegas, Germán (1993). *América ladina*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aullón de Haro, Pedro (2005). "El género ensayo, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros". En: *El ensayo como género literario*. Murcia: Universidad de Murcia.

Auerbach, Erich (1996). *L'humaine condition*. En: *Mimesis: La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, Benedict (2006). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económico.

Castoriadis, Cornelius (1986). "El Campo de lo social histórico". En: *Estudios: filosofía historia-letras Primavera*, N° 4. México: ITAM, pp. 1-13.

González, Fernando (2010). *Viaje a pie*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Hobsbawm, Eric (1993). *Identidad*. Obtenido el 8 de febrero de 2012, de <http://es.scribd.com/luisdo/d/16305444-Hobsbawm-E-Identidad-rev-intern-de-filosofia-politica-n-3-1994>

Jiménez, David (1992). "Baldomero Sanín Cano, crítico moderno". En: *Historia de la crítica literaria en Colombia – Siglo XIX y XX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – Instituto Colombiano de Cultura

Montaigne, Michel (1984). *Ensayos completos, tomo III*. España: Ediciones Orbis.

Rama, Ángel (2006). *Crítica literaria y utopía en América Latina*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Sánchez Bello, Alfredo (1957). *Diez años de Hispanoamericanismo*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.

Sanín Cano, Baldomero (1955). *El humanismo y el progreso del hombre*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Sanín Cano, Baldomero (1975). *La civilización manual y otros ensayos*. Medellín Ediciones "Tomás Carrasquilla".

Sanín Cano, Baldomero (1977). *Escritos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Sanín Cano, Baldomero (2010). *Indagaciones e imágenes*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Téllez, Hernando (2003). *Diario*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Vasconcelos, José (1961). *La raza cósmica*. En: *Obras completas*, Tomo I. México: Editorial Limusa.

Vigarello, George (1991). *Lo limpio y lo sucio: La higiene del cuerpo desde la edad media*. Madrid: Alianza Editorial.